



EL CABALLERO DE LA MANO EN EL PECHO

MARIANO CALVO

Hubo un tiempo en que el más famoso de los retratos del Greco, el del caballero que apoya su mano diestra sobre el pecho, languidecía en el Museo del Prado sin otro título de referencia que un simple número de catálogo. El Greco padecía por entonces la penitencia de olvido que durante más de dos siglos la posteridad sometió al cretense por esos cambiantes vaivenes de la moda. Pero entonces sucedió que dos jóvenes escritores viajaron a Toledo un día de invierno de 1900 en busca de respuestas sobre el desastroso devenir de España tras la crisis del 98. Uno se llamaba Pío Baroja, y el otro, José Martínez Ruiz, que un poco más tarde comenzará a firmar como Azorín. Y ambos quedan deslumbrados por el redescubrimiento de «el Griego de Toledo», Domenico Theotocopuli, como intérprete hermenéutico del alma española. Ya de vuelta a Madrid, los amigos emprenden una febril labor reivindicadora. Baroja decide que el cuadro del caballero anónimo del Greco merece una denominación honrosa, y le otorga —con la inspiración avalada por el sentido común— el nombre de *El caballero de la mano en el pecho*. Por su parte, Azorín escribe un delicioso cuentecito —*Lo fatal*— donde sugiere para el caballero de la mano en el pecho una inopinada identidad: la del hidalgo orgulloso y muerto de hambre que acoge de criado a Lázaro de Tormes. De entrada, ¿quién pensaría que la figura serena, de honda mirada y aspecto severo del caballero pintado por el Greco es compatible con el tipo presuntuoso, famélico y risible que nos describe la novela? Pero enseguida entendemos que Azorín, con su fina ironía, quiere hablarnos de los

efectos transformadores del tiempo en las frágiles y maleables almas humanas: El retrato que pinta el Greco —nos viene a decir *el pequeño filósofo*— no pertenece al tiempo en que el escudero se alimentaba de los mendrugos de pan de su criado sino a una década después, cuando el hidalgo, tras vivir en Valladolid con la holgura que le permite una herencia salvadora, vuelve a Toledo con muy distinta actitud, pensativa y melancólica. «Diríase que la fortuna ha querido mostrarse extraña y cruelmente de este hombre — escribe Azorín—. Desde hace algunos años, conforme la hacienda aumentaba prósperamente, la salud del hidalgo se iba tornando más inconsistente y precaria. Poco a poco el caballero adelgazaba y quedábase amarillo y exangüe...». El antiguo escudero, cómicamente presuntuoso, que escondía su hambre mondándose solemnemente los dientes «que nada entre sí tenían», capaz de abandonar su pueblo por no quitarse el sombrero ante rivales de más mérito, se ha transformado en un caballero de severa dignidad, que retorna a Toledo en busca de su antiguo criado, el buen Lázaro de Tormes. Azorín nos deja entender que al escudero le empuja la nostalgia de ver por última vez a quien, en sus peores momentos, le dio de comer sin pedirle cuentas de su impostura. Una impostura de la que ya no hay rastro en el cuadro del Greco porque fue barrida por el paso del tiempo. En esto —en el ineluctable paso del tiempo— está pensando el caballero melancólico que nos mira desde el lienzo pintado por el mejor pintor del alma castellana.

